

LAS ASOCIACIONES DE APOYO A LOS INMIGRANTES BAJO EL IMPACTO DE LA CRISIS: RESPUESTAS, DISCURSOS Y PREVISIONES

Rosa Aparicio Gómez

Investigadora, Instituto Universitario José Ortega
y Gasset
raparicio@upcomillas.es

Andrés Tornos

Profesor Emérito, Universidad Pontificia Comillas
tornos@upcomillas.es

1. Las asociaciones de ayuda a los inmigrantes en nuestra sociedad de hoy
2. Qué hacen hoy las asociaciones
3. Asociaciones y crisis económica
4. Mirando hacia el futuro

PALABRAS CLAVE

migraciones, asociaciones de apoyo,
Tercer Sector, crisis económica

KEY WORDS

migrations, support associations, Third Sector,
economic crisis

RESUMEN

Entre los miembros de las asociaciones de apoyo a los inmigrantes es común la idea de que su trabajo se ha visto fuertemente afectado por la situación de crisis económica que aún estamos atravesando. Y no solo porque esta haya determinado un cambio importante en los colectivos de inmigrados que buscan ayuda, sino porque además la crisis habría sacado a luz la necesidad de que las asociaciones dejen de considerarse como grupos independientes de beneficencia y se reconozcan como parte integrante del Tercer Sector de Acción Social, en tanto que realizadoras de unas tareas estructuralmente demandadas en el espacio público de toda sociedad democrática. Desde esta perspectiva, se examinan los cambios que han tenido lugar en el funcionamiento de las asociaciones y las perspectivas de futuro con que trabajan.

ABSTRACT

There is a widespread belief among the members of immigrant support associations that their work has been seriously affected by the present situation of economic crisis. This has occurred not only because the crisis has brought about major changes in the immigrant groups that are seeking help but also because it has become clear that these associations should stop seeing themselves as independent charitable groups and recognise that they are an integral part of the Social Action Third Sector as agents carrying out tasks that are structurally demanded in the public space of any democratic society. Changes that have taken place in the functioning of the associations and the prospects of the future they are working for are examined from this standpoint.

No es inútil, antes de entrar en el examen del modo de ver la crisis por las asociaciones de apoyo a los inmigrantes, que nos detengamos brevemente en subrayar lo distintas que son estas hoy comparadas con las primeras asociaciones de apoyo a la inmigración que surgieron en los años noventa, al comenzar a hacerse visible la llegada y primer asentamiento de los flujos de inmigrantes. Y no es inútil porque la opinión pública, a pesar de los grandes cambios habidos en ellas desde que surgieron, sigue imaginándolas como agrupaciones minoritarias de sujetos sensibles a las dificultades de todo género a las que se enfrentan entonces y ahora los inmigrantes, al llegar sin recursos ni preparación. Agrupaciones por supuesto muy merecedoras de que se admirara a sus miembros y se apoyara informalmente lo que intentaban hacer bajo la guía de liderazgos de buena voluntad, orientados casi exclusivamente a ayudas asistenciales.

Pero esto tenía como consecuencia que la ayuda o colaboración con ellas se considerara entonces casi solo como «obra de caridad», de poco alcance práctico y de escasa importancia cívica. E incluso hoy día, cuando son del todo patentes los grandes cambios experimentados por las asociaciones, todavía, al hacerse referencia a ellas, son retratadas a menudo en los medios no más que como entidades llamadas a movilizar a personas de buen corazón. Aunque ya sabemos que hoy son mucho más que eso, apenas acertamos a situarlas con su peso y en su sitio dentro del conjunto de nuestra estructura social. Este es el objetivo del primer apartado de este artículo, para pasar luego a considerar lo que hacen las asociaciones mismas, cómo repercute la actual crisis económica sobre ellas y hacia qué opciones de futuro tienden a orientarse. Las ideas expresadas por los autores en este artículo se ilustran con declaraciones de los sujetos implicados, recogidas al efecto mediante un sondeo entre algunas de las asociaciones más activas en este campo y con implantación en distintas zonas.

1. LAS ASOCIACIONES DE AYUDA A LOS INMIGRANTES EN NUESTRA SOCIEDAD DE HOY

Empecemos primero por situar a las asociaciones en nuestra actual estructura social. El cambio en este aspecto ha sido enorme y se habría producido, a nuestro entender, por el empuje de tres factores: la entrada de asociaciones grandes y potentes (como Cruz Roja o Cáritas) en la problemática de la ayuda a los inmigrantes; las conexiones con las prácticas y directrices de la Unión Europea surgidas en estos tipos de trabajo, y los avances en la comprensión del Tercer Sector de Acción Social (TSAS) que han tenido lugar en España desde fines de los años noventa.

La entrada de asociaciones generalistas y potentes como Cruz Roja o Cáritas en la problemática de las migraciones llevó consigo la apertura de los horizontes de las asociaciones a programas

de más transcendencia, mayores costos y mayor profesionalidad que los considerados hasta ese momento; o sea, más allá de asesorías jurídicas prestadas por voluntarios, ayudas médicas improvisadas también por voluntarios, o reuniones folklóricas supuestamente promotoras de interculturalidad. Se impuso entonces en las asociaciones el empeño por llegar más allá de lo asistencial y la aspiración a organizar con profesionalidad viviendas para primera acogida, albergues para mujeres en riesgo, atención a niños desprotegidos, etc. Todas estas tareas necesitaban abordarse con presupuestos de decenas de miles de euros.

Era una necesidad que ya se había hecho muy visible con la promulgación del primer «Plan de integración social de los inmigrantes», de 1994, promovido desde el Ministerio de Asuntos Sociales por su ministra Cristina Alberdi. Este primer plan señalaba ya con claridad que con improvisaciones de poco alcance no se podían abordar las cuestiones más importantes, algo sobre lo que las mismas asociaciones insistían. Por eso, la entrada en esas problemáticas de las dos grandes asociaciones a las que nos hemos referido, dotadas de las infraestructuras, la experiencia y el acceso a las fuentes de financiación de los recursos requeridos para mayores empeños, aportó a las pequeñas asociaciones iniciales el ensanchamiento de horizontes a los que mirarían. Si antes habían empezado ya a recurrir a profesionales del derecho y la medicina para las ayudas que aspiraban a prestar –que eran las de las situaciones de irregularidad administrativa y posibles enfermedades–, ahora ya no podían conformarse con eso. Necesitaban gestores de programas de mucho más fondo, y estos gestores no podían ser ya simplemente voluntarios a tiempo parcial, como lo eran en un principio los médicos y los abogados, los primeros profesionales contactados por las asociaciones.

Se inició de este modo una profesionalización en el trabajo de las asociaciones pro inmigrantes. Esta profesionalización era necesaria no tanto ya para las ayudas urgentes a los recién llegados, como al principio, sino ahora también para tareas más de fondo relacionadas con la integración de los que comenzaban a estar establecidos. Y, a fin de desarrollar estas tareas, los primeros modelos de gestión y buenas prácticas surgieron de la interconexión de las asociaciones españolas con sus homólogas europeas, que pronto empieza a ser muy viva. Primero, esta interacción se dio en el ámbito universitario de la investigación de migraciones; luego, con el estímulo de este intercambio teórico, en el ámbito de la selección de objetivos y formas de actuación. En este momento, en vísperas de la implantación del euro, se lanza a nivel nacional el llamado «Plan Greco» (o «Programa global de coordinación de la extranjería», en el año 2001), dotado para su implementación con algo más de 37.000 millones de pesetas. En él contó ya el Gobierno central con la cooperación de las ONG, además de con los gobiernos locales, volviéndose en cierto sentido estructural la conexión de las primeras con los propósitos y financiación del Estado. Esto

hará que las asociaciones, a fin de no quedar marginadas del reconocimiento y financiación de sus proyectos, avancen de modo decisivo en la regulación de sus estructuras y formas de funcionamiento. En este sentido han ido pareciéndose cada vez más a las «empresas sociales», o de venta de servicios sociales, que se han desarrollado en otros países de Europa, con la diferencia de que aquí quien pagará será el Estado.

Progresan las asociaciones, pero también el interés por ellas entre nuestros estudiosos de ciencias sociales. En esto último pueden diferenciarse dos períodos: un primero en el que las ideas de referencia eran las de Tocqueville (1996) acerca de la importancia psicosocial de las asociaciones, expuestas en la parte de su obra sobre la democracia en América titulada *Influencia de la democracia en los sentimientos de los americanos*; y un segundo período en el que influyen más especialmente las ideas de R. Putnam (1993) desarrolladas en *Making democracy work*. En aquel primer período el interés por las asociaciones era, si se quiere, más humanista, dado que se subrayaba que si en España se quería tratar humanamente a los inmigrantes, lo lógico era que se promoviera el surgimiento y apoyo de las agrupaciones de personas unidas por la voluntad de ayudarles. En el segundo, a principios de los años 2000, lo que se destacaba era la importancia política de las asociaciones de nativos e inmigrantes, haciendo eco de los debates que estaban surgiendo en toda Europa acerca de la citada obra de Putnam –que de lo que trata en realidad es de las asociaciones mafiosas y no mafiosas de Italia y de las repercusiones políticas de estas–. Con ello se subrayaba la importancia de la localización estructural de las asociaciones, advertida o inadvertida, en la esfera de lo público. Ello confluía con el movimiento más de fondo que en España buscaba precisamente eso: la atribución de un lugar estructural propio y un mayor peso en el funcionamiento del Estado a las iniciativas no gubernamentales ni partidistas de lo que acababa de empezar a llamarse *Tercer Sector*. Este sector recibía la denominación de «tercero» porque, como es sabido, se consideraba primero al de las actividades del Estado y, como segundo, al de las iniciativas empresariales privadas emprendidas con intención de lucro.

Así el Tercer Sector empezó definiéndose negativamente (*no estado, no empresa orientada a conseguir ganancias*) para, muy pronto, añadir dos características a las asociaciones que lo integran: *tener estabilidad de objetivos y tener una estructura interna, con autogobierno y distinción entre socios y no socios*. Y es que evidentemente no podrían, sin ello, actuar como interlocutores válidos del sector gubernamental y el sector empresarial. Ello ocurrirá en España, por supuesto, con las asociaciones pro inmigrantes. Pero no solamente en España, puesto que en toda la Unión Europea se estaba dando voz a los planteamientos de los países más avanzados en lo relativo a tener en cuenta a las asociaciones; por ejemplo de Países Bajos y Alemania, donde ya venía siendo usual la práctica política de escuchar y apoyar a las asociaciones pro inmigrantes a la hora de

desarrollar las políticas migratorias. Se escuchaba a las asociaciones no solamente por suponer que dichas asociaciones tienen una mayor experiencia «sobre el terreno» de la que tienen los inmigrantes; sino, más radicalmente, porque en virtud del llamado «principio de subsidiariedad» tendían a encontrar natural que el Estado diera a los ciudadanos la primacía en el diseño y ejecución de lo que ellos mismos por su propio bien quisieran organizar y promover. En esta línea, la concepción que se generaliza en las asociaciones pro inmigrantes es que ellas, como asociaciones de ciudadanos en un país democrático, tenían legítimo derecho no solo a ser escuchadas, sino además a ser económicamente asistidas. Ya el primer «Plan Estratégico de Ciudadanía e Integración de los Inmigrantes» (PECI), del año 2007, recoge en buena parte estos planteamientos, que el siguiente plan (PECI-II, del año 2011) reafirmará y explicitará de nuevo.

El recorrido de las asociaciones pro inmigrantes ha sido por tanto enormemente largo en este tramo de tiempo. De ser ellas, en su mayoría, pequeños grupos bastante informales constituidos por personas de buena voluntad, han ido pasando a ensanchar sus objetivos, a formalizar sus estructuras internas, a profesionalizarse, a contratar personal a tiempo completo y a tener derecho a recibir del Estado una gran parte de los recursos con que actúan. Últimamente han comenzado también a unirse en redes con asociaciones poderosas y generalistas, como la llamada «Plataforma del Tercer Sector», creada por iniciativa de siete de ellas¹ para hacer valer ante la sociedad y el Estado su contribución para paliar las necesidades de la población española más desfavorecida. No es extraño que posteriormente se hayan adherido a esta plataforma toda clase de asociaciones menores, para así poder presentarse ante el público con el peso de un sector de la ciudadanía que da empleo remunerado, según las últimas estimaciones de la misma plataforma, a más de 530.000 personas, o sea, a casi un 3% de todos los asalariados de España. Esta es, de momento, la situación en que se inscriben las asociaciones españolas pro inmigrantes.

LA CONCEPCIÓN QUE SE GENERALIZA EN LAS ASOCIACIONES PRO INMIGRANTES ES QUE ELLAS, COMO ASOCIACIONES DE CIUDADANOS EN UN PAÍS DEMOCRÁTICO, TENÍAN LEGÍTIMO DERECHO NO SOLO A SER ESCUCHADAS, SINO ADEMÁS A SER ECONÓMICAMENTE ASISTIDAS

1. Cáritas Española, Cruz Roja Española, Organización Nacional de Ciegos Españoles (ONCE), Plataforma de ONG de Acción Social (POAS), Plataforma del Voluntariado de España (PVE), Red Europea de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social en el Estado Español (EAPN-ES), y Comité Español de Representantes de Personas con Discapacidad (CERMI).

2. QUÉ HACEN HOY LAS ASOCIACIONES²

El último «Plan Estratégico de Ciudadanía e Integración de los Inmigrantes» (PECI-II), elaborado todavía bajo el Gobierno de Zapatero en el año 2011 y que aún está en vigor, distribuye en 12 áreas las tareas dirigidas a la integración de los inmigrantes que considera subvencionables, que son todas las que realizan las asociaciones: acogida, educación, empleo, vivienda, salud, servicios sociales, infancia y juventud, igualdad de trato, mujer, participación, sensibilización y ayuda al desarrollo de los países de origen. De entre ellas, las menores en número, como es fácil de advertir, están exclusivamente relacionadas con la problemática de la acogida e integración de los inmigrantes; las más numerosas –a las que se suele llamar *transversales*–, son aquellas de atención también a españoles nativos, por suponerse que abordan problemáticas también existentes entre esta población (por ejemplo, empleo, vivienda, mujer, etc.) De hecho, en las asociaciones circula la opinión de que es más fácil conseguir ayudas para los inmigrantes cuando se solicitan para problemáticas de estas áreas «transversales» que cuando se solicitan para problemas exclusivos de los inmigrantes.

Entrando en el tema, una primera pregunta surge sobre el presente de las actividades de las asociaciones pro inmigrantes: ¿ha disminuido o se ha reducido la necesidad de asociaciones por efecto de la reducción del número de inmigrantes derivada de los retornos de estos causados por la crisis? La percepción prácticamente unánime de las asociaciones es que no ha habido esa disminución de las demandas. En primer lugar, porque no serían muchos los retornados, y, por otra parte, habría colectivos que siguen creciendo. Crece particularmente el colectivo de los subsaharianos, puesto que ellos siguen intentando acceder a Europa aun a costa de sus propias vidas, como diariamente nos hacen saber los medios de comunicación³. Pero también, según asociaciones especializadas en latinoamericanos, están llegando de allá colectivos nuevos –en lo que a la inmigración se refiere– como el formado por personas de Centroamérica, expulsadas de sus países de origen por la violencia cotidiana y el estancamiento de los gobiernos.

Pero, aun sin esas nuevas llegadas, las demandas actuales estarían aumentando por el cambio de perfil de los demandantes, que ya no serían como los de antes. Y es que antes (entre los años

2. En orden a concretarlo de una manera más cercana y fiable que la ofrecida por la consulta de las memorias anuales de las asociaciones, se han tenido en cuenta los pareceres expresados por directivos residentes en Madrid de 11 asociaciones o redes de asociaciones estimadas como grandes (más de 50 empleados contratados a tiempo completo) o medianas (más de diez empleados contratados a tiempo completo).

3. Se ha extendido la opinión de que los subsaharianos que vienen saben perfectamente que «van a tener que vivir de las basuras de Europa, pero siguen viniendo porque esas basuras les parecen mucho mejores que las de África».

2000 y 2009) la mayor proporción de los que recurrían a las asociaciones eran recién llegados desprovistos de los contactos y amistades con paisanos que, en esos años, les habrían bastado para tener una cama durante algunos días y encontrar trabajo con cierta rapidez. En cambio, los que hoy en día buscan la ayuda de las asociaciones son en gran proporción inmigrantes con más de cinco años de estancia en España, en bastantes casos desposeídos de las viviendas que habían estado pagando, sin perspectivas de encontrar a corto plazo ningún trabajo y, según varias asociaciones subrayan, sin apoyos de su familia extensa o de relaciones de amistad largamente mantenidas.

En la Acción Comisión Católica Española de Migración (Accem) ven la situación así:

«Es sabido por todo el mundo que la crisis, si tiene un impacto fuerte para todos, para el colectivo inmigrante este impacto es mucho más fuerte. Las tasas de paro son mayores en el colectivo inmigrante. ¿Qué es lo que ocurre? Pues que al final el inmigrante padece más la crisis, no solo ya por la situación laboral sino por la situación familiar, porque las redes que tienen los inmigrantes lo lógico es que no sean tan amplias como las redes de la población autóctona. Es decir, muchas de las familias de aquí cuyos integrantes se están quedando en paro están tirando, por ejemplo, de pensiones de abuelos, de volver a vivir con sus padres, etc.; eso no puede pasar con el inmigrante, es muy difícil o habrá muy pocos casos en que los inmigrantes puedan volver a las casas de sus padres a vivir de las pensiones que tienen sus abuelos. Con lo cual su situación social y su red de apoyos familiares es mucho menor».

O por ejemplo en la Asociación América, España, Solidaridad y Cooperación (AESCO) afirman:

«El cambio de la situación de la inmigración ha sido igual que la crisis, muy radical, muy repentino, porque la gente nunca pensó que fuera a vivir una situación como esta. A buena parte del colectivo en general lo pilló muy endeudado, con muchísimas deudas, y esas deudas se volvieron impagables. Eso les llevó a una situación de mucha inestabilidad, desespero y pérdida de muchísima confianza en sí mismos, además de todos los problemas psico-afectivos y familiares derivados. La pérdida de la vivienda, por ejemplo, en el caso de la gente hipotecada y sobre-endeudada, o en el caso de las personas que tenían otros tipos de deudas de tipo préstamos personales, ha causado un *shock* bastante grande cuyo impacto en la estructura familiar tampoco sabemos hasta dónde llega. Pero sí tenemos conocimiento de que muchas familias se han roto por estas cosas, y ha habido muchas desavenencias por el tema de los avales que unos a otros se hicieron. Que “mi padre sirvió de aval para comprar la casa”, y pues la pareja se rompe. En fin, digamos que hay un impacto familiar muy fuerte que no sabemos hasta dónde llega».

No habría disminuido, por causa de los retornos, el número de personas que acude a las asociaciones en busca de ayuda. Además, las demandas con las que hoy acudirían a las asociaciones se habrían vuelto más caras y más difíciles de satisfacer: por ejemplo las relacionadas con pérdidas de vivienda; o con la pérdida del permiso de estancia (por no haberseles renovado a los de-

NO HABRÍA DISMINUIDO, POR CAUSA DE LOS RETORNOS, EL NÚMERO DE PERSONAS QUE ACUDE A LAS ASOCIACIONES EN BUSCA DE AYUDA, Y SUS DEMANDAS SE HABRÍAN VUELTO MÁS CARAS Y MÁS DIFÍCILES DE SATISFACER

mandantes este permiso, si lo tenían temporal, a causa de su situación de paro), y ahora, subsiguientemente, también la pérdida del derecho a la asistencia sanitaria regular. Todo ello en un contexto de endurecimiento en toda Europa del clima de atención a los inmigrados.

En Cáritas verían esto último de la siguiente manera:

«Si observamos las sociedades europeas o incluso los planteamientos que encontramos en nuestras instituciones hermanas de Cáritas Europa, encontra-

mos realidades y miradas mucho más duras con respecto a la realidad de la inmigración y a las personas. Es decir, el concepto de “irregular”, de persona “sin papeles” está muy asumido, está muy incorporado, y percibo con dramatismo y con miedo que esto lo vayamos incorporando en nuestra mentalidad, de personas, de ciudadanos, institucional. En esta división, Cáritas viene apostando y trabaja con personas en situación administrativa irregular, incluso de manera especial, incluso probablemente en términos cuantitativamente mayores. Y en los servicios, talleres y dispositivos cada vez más la ayuda pública tanto estatal como europea discrimina, selecciona, penaliza o excluye la posibilidad de dedicar cualquier centavo público, de dinero público, en algún dispositivo que preste una institución no gubernamental –como lo es Cáritas– a personas en situación administrativa irregular; con lo cual, además de invisibles, estamos favoreciendo esta situación de intocabilidad. Esto es lo que se está respirando, o que nosotros percibimos que se está dando ya en otros países de Europa, al menos eso es lo que nos traslada Cáritas Europa».

A todo esto han tenido que adaptarse las asociaciones conforme han ido pudiendo. De este modo, no hay hoy asociación que no se haya visto llevada a entrar en la problemática de los inmigrados amenazados con la pérdida de sus viviendas por impago de hipotecas, que no haya tenido que asistirles para conseguir las mejores ayudas para el retorno, que no se haya implicado en la formación conveniente para el acceso a lenguas a fin de poder re-emigrar, o en la formación para los pocos nichos laborales que no están cerrados –por cierto, los que nombran las asociaciones

entrevistadas son casi exclusivamente para mujeres, como cuidados a niños o a personas de tercera edad, peluquería, cocina, etc.–. Únicamente las asociaciones muy especializadas en la atención a demandas necesitadas de ser atendidas por personal cualificado, como por ejemplo residencias para mujeres maltratadas, han seguido atendiendo a inmigrantes del mismo perfil que en años anteriores.

Varios de nuestros informantes han coincidido en subrayar que los que hoy en día recurren a las asociaciones en busca de ayuda lo hacen muy frecuentemente en una situación de fuerte agobio e incluso de deterioro psíquico. Están tan angustiados por lo que les aqueja que solo son capaces de verlo en lo estrecho del momento en que lo están viviendo, sin apenas ser capaces de entender que casi cualquier ayuda eficaz que pueda dispensárseles necesita un tiempo; incluso la ayuda a los que buscan alimentos, si ha de servirles para algo más que para resistir hasta que de nuevo necesiten comer.

Frente a esto último, varias de las asociaciones contactadas dicen intentar lo contrario: ver a propósito de cada demanda el desarrollo temporal de los hechos que la han llevado a tomar forma, conocer y diferenciar los perfiles de ese proceso y procurar tener en todo caso, antes de ayudar, un diagnóstico de la situación que ha llevado al demandante a necesitar lo que pide. Con ello se procura evitar que se repita desordenadamente, en él o en casos semejantes, el círculo necesidad-ayuda que termina por instalarles en la dependencia. Lo que tendería a hacerse normalmente según Acem, con explicaciones compartidas por Cáritas, AESCO o Karibu, sería:

«Primero, tener un diagnóstico de lo que está pasando es fundamental para poder actuar. Sobre eso se empieza a trabajar con la gente y lo que se busca es lo que se llama “itinerarios integrados de actuación”. O sea, si es una familia, ver las necesidades que tienen en concreto: en esa familia sus hijos tendrán unas necesidades de educación; por otro lado, marido y mujer necesitarán una salida laboral que hay que ir trabajando poco a poco, y por último unas necesidades que cubrir porque si no el deterioro te irá alejando de ese posible trabajo y de esas posibles circunstancias. Entonces, a partir de ahí, se empieza a trabajar con ellos en todos los aspectos de este itinerario».

En resumen, las actuales actividades de las asociaciones no serían distintas de las que, bajo la inspiración de lo procurado en otros países de la Unión Europea, se promovieron ya en el primer «Plan de Integración de los Inmigrantes», de 1994, y se describieron con mayor precisión en los dos PEI siguientes (de 2007 y 2011). Tampoco habrían disminuido las demandas de ayuda de los inmigrantes por efecto de los retornos de inmigrantes causados por la crisis, sino que estas habrían tomado formas distintas y se habrían vuelto más angustiosas.

Solamente dos detalles sería útil añadir todavía a propósito de las actividades de las asociaciones: el del desdibujamiento de sus características distintivas y el de la mayor importancia que actualmente dan a su implicación política.

¿Qué explica este desdibujamiento?

Desde Accem lo enfocan así:

«Al final el espíritu de la organización es ayudar un poco a la gente que, de alguna manera, más lo necesita. En el momento actual, esto es muy complicado, para nosotros es imposible decir “No, mire, yo ayudo a los emigrantes, es verdad que sabemos que lo está pasando mal pero no le ayudo a usted español de a pie”. Creemos que eso tiene dos problemas: uno, que no es justo no ayudar al otro que lo está pasando también mal; y dos, que el impacto que tiene sobre la inmigración también es negativo porque al final nosotros somos los primeros en establecer una discriminación positiva hacia un colectivo, con lo cual eso sería chocante para el que no es atendido. Además, atender a los más necesitados sean o no inmigrantes tiene otro beneficio: nuestro interés al final es que los inmigrantes estén integrados y de alguna manera no haya esa diferencia de “si tú eres de aquí o eres de allá”. En la medida en que tú trabajas con todos los colectivos, al final evitas de alguna manera esa diferencia, porque da igual que tú vengas de aquí o de allá o de otro lado. Este es el último giro que ha dado la organización. ¿Qué es lo que ocurre? Que hay una reducción de los programas de inmigrantes, mejor dicho, hay una reducción de todos los programas en general, pero al pegar ese giro la organización y empezar a trabajar con lo que se llaman los colectivos excluidos o en riesgo de exclusión, se empiezan a tener otros programas dentro de la organización con perfiles con los que antes no se trabajaba. Hemos disminuido la que era nuestra función principal dentro de las subvenciones, el impacto dentro de la organización no parece tanto porque se han asumido otros programas de colectivos con los que no se trabajaba».

De otras asociaciones más pequeñas también hemos recogido explicaciones parecidas. En conjunto hay un hecho importante: cuando se crearon las asociaciones los inmigrantes constituían para los nativos españoles una población especial y hasta un tanto exótica, que apelaba a sentimientos especiales acerca de «los lejanos» y «los menos desarrollados». En cuanto a esto último, da la impresión de que la crisis, para una mayoría de la población española, ha hecho que hoy tengamos el subdesarrollo en casa igualándonos a los venidos. En cuanto al matiz de exotismo que podía haber en el hecho de atender especialmente a los llegados de lejos, es evidente que actualmente casi se ha desvanecido, al desvanecerse con la globalización la sensación de exotismo que hace 20 años, por el mero hecho de estar lejos, nos infundían los procedentes de países lejanos.

Cabe destacar, por otro lado, la especial importancia que han adquirido en las asociaciones sus intentos de influir políticamente en las políticas de migraciones mediante sus «actividades de incidencia», como ellas mismas las denominan en sus memorias y en su uso común. Está claro que este aumento de su importancia se ha producido en el momento que las asociaciones han evolucionado hacia la comprensión de su función como parte relevante del Tercer Sector y, por tanto, como interlocutoras legítimas de los poderes públicos y del conjunto de la sociedad, con el legítimo derecho a que se les escuche; interlocutoras, por cierto, que se sienten poderosas una vez que se unen en las grandes plataformas a las que se aludió más arriba. Porque aunque aquel influjo siempre lo habían buscado, ahora, al considerarse conjuntamente a sí mismas como parte importante de todo el Tercer Sector de la sociedad y haberse implicado cara al público en redes nuevas, se sentirían mucho más autorizadas para reclamar la atención del Gobierno y de los medios de comunicación. Para ello ha sido determinante el aporte de las nuevas plataformas en las que se han unido⁴.

Entre las temáticas en las que más frecuentemente se centran estas actividades de *incidencia*, encontraríamos actualmente las relativas al endurecimiento para los inmigrantes de las condiciones requeridas para acceder a los servicios sanitarios ordinarios y las relativas al internamiento en centros ad hoc (Centros de Internamiento de Extranjeros [CIE]) de las personas desprovistas de la debida documentación. El tipo de argumentación es en ambos casos parecido: por una parte se invocan, contra las normativas de referencia, principios jurídicos muy generales que apoyan por ejemplo el derecho de toda persona a la protección de su salud o su derecho a no ser privada de su libertad por una mera falta administrativa (como es el hecho de no tener la documentación en regla), y, por otra parte, se invocan también razones humanitarias relacionadas con lo angustioso de las situaciones que por causa de las normativas vigentes les pueden sobrevenir. Este procedimiento, si bien legítima de forma bastante eficaz sus demandas en los medios de comunicación, no parece que haga mucha mella en los legisladores.

En conjunto, por tanto, bajo las condiciones de la crisis, no solo habrían seguido subsistiendo las mismas demandas de ayuda a los inmigrados que desde los años noventa suscitaron el nacimiento de las asociaciones, sino que muchas otras de las demandas se han vuelto más urgentes y necesarias; sobre todo por el enorme aumento entre los inmigrantes de las tasas de paro y, con ello, de su incapacidad para sostener a sus familias y a sus viviendas, con el añadido de los endurecimientos que últimamente se han llevado a cabo en normativas que afectan a su integración civil y sanitaria.

4. Por ejemplo, la Fundación Esplai, al crear un «Portal del Tercer Sector», accesible en la red para poner a disposición de las organizaciones de voluntariado y de las personas voluntarias un espacio donde expresen sus demandas y propuestas, ofrece un instrumento útil para tener conocimiento de los temas sobre los que más frecuentemente vuelven.

3. ASOCIACIONES Y CRISIS ECONÓMICA

Es una apreciación unánime entre los miembros de las asociaciones que la crisis ha afectado muy profundamente al sostenimiento de los gastos de las asociaciones; no solamente al de las mayores y más especializadas, que para sus programas «transversales» (mujer, infancia, etc.) dependían imprescindiblemente de importantes subvenciones concedidas a sus proyectos, sino también al de las medianas y más pequeñas, que con la crisis se han visto envueltas en problemas para los que muy frecuentemente carecen de recursos. En una de estas últimas asociaciones, que prefiere guardar el anonimato, ven los hechos así:

«[Nuestra asociación] recibe subvenciones pero también tiene una parte de afiliaciones. Una persona se afilia por 60 euros al año, y por esos 60 euros al año recibe la atención en todos los programas. El programa que más motiva para que la gente se afilie es el programa de asesoría jurídica, porque nosotros vamos casi hasta la defensa de los casos; se han logrado salvar muchos casos de vivienda, negociaciones que son pleitos de cientos y miles de euros, y por esa afiliación la gente lo valora mucho. De ahí obtenemos unos ingresos que podrían mantener la estructura. Pero el problema es que en el pasado se firmaron muchos convenios con ayuntamientos que nunca pagaron porque estaban en crisis, por lo que venimos de un déficit porque esos ayuntamientos nunca han pagado, ha tocado demandarlos y estamos todavía en ese tipo de procesos. Esa está siendo una gran dificultad porque esos ayuntamientos llevaron a la quiebra a varias entidades y a nosotros nos pusieron en aprietos. Los recursos propios han disminuido un poco porque la gente no tiene ingresos, se está marchando, la gente se está moviendo a otros países; por ello han bajado esos recursos, y de ahí es de donde se mantiene más que nada la estructura».

En cuanto a las asociaciones mayores, las dificultades son más grandes porque, como es sabido, apenas hay asociación que no reciba más del 80% de sus recursos de las distintas instancias de apoyo al Tercer Sector. Con transparencia da cuenta de ello por ejemplo Accem en su memoria de actividades del año 2012, particularizando que en ese ejercicio ha recibido en subvenciones un 92,39% de lo que ha gastado en la realización de sus programas (del Estado español el 45,63%; de comunidades autónomas el 30,06%; de instituciones europeas un 1,56%; de entidades provinciales el 1,47%, y de administraciones locales el 13,67%). Se observa claramente que esta gran dependencia de las asociaciones con respecto a los recursos públicos no acompleja en absoluto a sus «miembros de a pie» ni a sus directivos. Todo lo contrario: la idea del lugar que corresponde al Tercer Sector en el funcionamiento de las sociedades democráticas contemporáneas, a la que se hizo referencia en el apartado anterior, no solo lleva al personal de las asociaciones a considerar como legítima y normal esa financiación casi total por los erarios públicos, sino

que además las lleva a considerar democráticamente injusto y equivocado su recorte. Incluso tienen por directamente atentatorio contra la justicia social el que, para luchar contra la crisis, como les hemos oído expresarse, se haya procurado primero salvar a los bancos, antes que invertir en el reforzamiento de las prestaciones de nuestro Estado de bienestar y en la financiación de las asociaciones; sobre todo, según sus mismas expresiones, en una situación como la actual en que pasaría del 20% la proporción de la población española que vive bajo el umbral de la pobreza, a la vez que sigue aumentando la brecha que en España separa a «ricos» y pobres.

Pero son distintos los efectos de la crisis según el tamaño de las asociaciones. A las más pequeñas les han afectado menos, porque eran menores las subvenciones que recibían. A las medianas les han afectado, sobre todo, en aspectos administrativos. Las mayores han tenido a veces que discontinuar algunos de sus programas y despedir personal contratado. Esto le ha sucedido incluso a Cáritas, que trabaja con un volumen mucho más grande de recursos propios.

**EN LAS ASOCIACIONES MENORES
LOS PROBLEMAS ESTÁN MENOS
LIGADOS A LOS RECORTES DE
LAS SUBVENCIONES Y SE
DERIVARÍAN PRINCIPALMENTE
DEL CAMBIO DE PERFIL DE LOS
SOLICITANTES DE AYUDA**

Por lo que toca a las asociaciones menores, casi siempre implicadas solo en ayudas locales dispensadas en el ámbito de su implantación –y por ello mucho menos receptoras de subvenciones–, los problemas están menos ligados a los recortes de las subvenciones y se derivarían principalmente del cambio de perfil de los solicitantes de su ayuda, al que antes nos hemos referido. Esto se debe a que los que recurren a estas asociaciones solicitando ayudas para problemas que no pueden esperar, como de alimentación por ejemplo, frecuentemente tienen además unas necesidades más de fondo, en primer lugar de apoyo psicológico, por el hundimiento moral o emocional en que se encuentran. Ni siquiera, en este último caso, aciertan a concretar otra cosa que lo que les angustia de inmediato, haciéndose necesario entrar a concretar bien con ellos los pasos que necesitarían ir dando para intentar solucionar su situación. Si tienen problemas muy graves, esta solución puede ser la posibilidad de pensar en el retorno; si rehúyen esta opción, como no raras veces ocurre, hay que pensar con ellos cómo evitar a plazo medio la inseguridad alimentaria; si tienen familia a su cargo, en qué condición están todos; si aspiran a mejorar elementalmente sus ingresos, por qué caminos pueden intentarlo, y así un largo etcétera. En una palabra: hay que dar a lo que ellos suelen experimentar como necesidad inmediata una perspectiva temporal, contextualizada en sus situaciones, adaptada a sus circunstancias personales, y muchas veces «derivarles» a alguna otra instancia que pueda atenderles mejor.

En cuanto a las dificultades más típicas de las asociaciones medianas, en AESCO explican la situación del siguiente modo:

«La Administración desde hace unos cuatro o cinco años no ha vuelto a dar subvención para la estructura de las entidades; por lo que toca hacer un esfuerzo muy grande de sobre-trabajo, hacer que otras personas también se impliquen en llevar la parte administrativa de los proyectos, porque esta no está pagada, las subvenciones solo pagan la intervención y esta requiere mucho esfuerzo porque son muchos informes, muchos controles, muchas memorias, mucho papeleo, facturas, pagos... Todo eso hay que hacerlo y para eso no hay recursos. En ese sentido, la crisis ha afectado en primer lugar porque ya no hay ese tipo de subvenciones, que tampoco era mucha cantidad, pero 40.000 euros siempre ayudan para tener a una administrativa a tiempo completo que ayude y lleve la contabilidad de todo, con eso ya era bastante, pero eso ya no existe. Eso nos obliga a ese esfuerzo y a concentrar mucho tiempo en esa parte que no está cubierta, lo que también hace que haya muchas más horas de trabajo y los salarios siguen igual desde hace mucho tiempo, porque nosotros fijamos los salarios según los de la Administración. Si los salarios de la Administración bajan, los nuestros bajan, si están congelados, los nuestros también, y sin embargo siempre hay más y más trabajo».

En Accem, una de las asociaciones grandes, la experiencia sería distinta:

«Se han cerrado algunos programas, se han cerrado algunos dispositivos. No hay nada sobre lo que se haya impactado totalmente. Es decir, hemos intentado no cerrar nada completamente, pero sí hemos disminuido plazas de solicitantes de asilo, por ejemplo; también se han disminuido plazas de ayuda humanitaria que es el programa que tiene que ver con la entrada de personas por costa. Lo que hemos conseguido hasta ahora es que no sea un cierre total; en otras palabras, es verdad que ha habido recortes pero no ha habido cierres totales de programas, más o menos en esa línea nos vamos manejando».

En otra de las grandes asociaciones, la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR), la situación se ha considerado más difícil:

«Ha habido montones de programas que se han tenido que cerrar, como los de servicios de dinamización de espacios públicos, que contaba con 50 personas que dinamizaban parques, canchas deportivas, asociaciones de vecinos; es decir, era un trabajo en todos los distritos del área de Madrid, y ese se ha tenido que cerrar, por ejemplo, y era un programa muy grande. Se han cerrado los programas OPEA, que son los programas para el empleo y el autoempleo, las casas de oficio, las

escuelas taller...Y no somos nosotros los que nos adaptamos, desde arriba nos forman un ERE y ellos ven los programas que se pueden seguir cubriendo y los que no, y en consecuencia se decide. Ya te digo, hemos perdido el 50% de los compañeros en el camino».

Un caso muy especial es el de Cáritas, puesto que, frente a la dependencia de las subvenciones estatales, autonómicas o locales con las que sobreviven la mayoría de las asociaciones para sus programas especializados (de hasta un 80% o 90% de lo invertido en estos programas), Cáritas se financia en un 75% con donativos y recursos propios⁵. Frente a la centralización de sus servicios con que trabajan otras entidades, por lo que toca a Cáritas cada una de las 3.098 parroquias católicas de Madrid es un lugar de asesoramiento y ayuda para quienes lo demandan, sean inmigrantes o no inmigrantes. Naturalmente, ello, dado el contexto actual de crecimiento de la pobreza, induce en las actividades de Cáritas el riesgo de bloquearse en la satisfacción de necesidades asistenciales y es muy viva la conciencia que de ello tienen tanto sus directivos como aquellos de sus trabajadores sociales que están en contacto directo con los demandantes. Pero la crisis es la crisis y a quien tiene hambre, en expresión de la propia entidad, no se le puede decir que espere a que se la solucionen los programas estructurales que podrán en el futuro abordar la cuestión de manera decisiva. De modo que Cáritas, al intentar enfrentarse a los problemas de quienes a ella acuden (un 67% de ellos remitidos por los servicios sociales de los municipios), pone su empeño en solucionar primero lo inmediatamente necesario –alimentación, vivienda, desempleo– «sin dejar por eso de atender sus programas especializados», que es donde pueden conseguirse efectos de más eficacia. Sobre ello gravitaría la formación que constantemente están promoviendo y renovando entre sus trabajadores y voluntarios, juntamente con la tocante a la colaboración con otras asociaciones e instituciones:

«La crisis ha hecho que entre las organizaciones, muy poquito a poco porque esto es muy difícil también, entremos más en coordinación y en conexión, en trabajos conjuntos; esto se ve también a nivel local e incluso en los servicios sociales públicos, cómo la situación de desbordamiento por la demanda que ha generado la crisis hace que las organizaciones entre sí, pero también las organizaciones de servicios públicos, empiecen a acercarse mucho más, a coordinarse mucho más, para evitar duplicidades e intentar centrarse en la persona o en la familia, por encima de nuestro carácter como entidad. No es “yo quiero que aquí esté clara la marca [de mi asociación]”; yo creo que eso es una bondad de la crisis, que está ayudando a que la gente salga de sus nichos profesionales o de sus nichos de entidad para centrarnos en la situación de las personas. Eso de poner en

5. Provenientes de colectas y donativos, cuya aportación habría aumentado alrededor de un 13,5%, según sus referencias, en el año pasado.

el centro a la persona para nosotros es fundamental, de hecho forma parte de nuestra manera de hacer, tratar de salir de nosotros mismos para poner en el centro a la persona, porque si no, lo que hacemos es muchas veces intervenir parcialmente, o se marea a la persona: "tienes que ir a no sé cuántas delegaciones". Por el contrario, si le vas acompañando y tú sabes dónde tiene que ir y la persona responde, todo es mucho mejor».

4. MIRANDO HACIA EL FUTURO

Una de las cuestiones por las que nos hemos interesado al contactar con las asociaciones ha sido la de si no les parecía que no pocas de ellas, al disminuirse con la crisis las llegadas de inmigrantes, se estarían volviendo un tanto superfluas. Sin embargo, ya hemos visto que no; y no solo porque los inmigrantes que llegaron hace ya ocho o diez años siguen ahora necesitando ayuda, sino también porque nuevos flujos seguirían llegando e incluso, según el parecer mayoritario entre las entidades, volverán a llegar en grandes números. Esta llegada se produciría, si no por «efecto llamada» como en años pasados de bonanza, ciertamente por el «efecto expulsión» (de los flujos por parte de sus países de origen). Y es que, como consideran en la entidad Pueblos Unidos, la globalización no se estaría deteniendo y «la emigración sería el rostro humano de una globalización que agranda la brecha entre países pobres y países ricos», con el agravante, para Europa, de que el envejecimiento de su población la haría necesitar de nuevo, cada vez más, fuerza de trabajo joven.

«Europa necesita un cambio urgente, Europa tiene un problema para nosotros muy considerable y es que se ha fortificado y no ha querido saber nada del mundo que la rodea, tenemos las vallas y las concertinas y otra serie de cosas, y eso no es realista. No es realista por dos cosas: primero, porque hay un ostensible envejecimiento de la población europea que necesita de la ayuda de otros, y no me estoy refiriendo solo a las pensiones, es obvio que si no hay personas que cotizan nadie va a cobrar pensión; y segundo porque, además, se necesitan niños, se necesitan sociedades activas, se necesitan sociedades en movimiento. Nosotros seguimos creyendo que se necesitan muchos inmigrantes en Europa, muchísimos, estamos hablando de millones de personas».

Se piensa pues en las asociaciones que no ha dejado de haber inmigrantes, que aumentarán de nuevo sus flujos después de la crisis y que, de todas maneras, dichos flujos deberían aumentar para que lleguemos a vivir en un mundo algo más justo y razonable. Pero las previsiones de las asociaciones sobre el «después de la crisis» no son nada optimistas, y eso les lleva a subrayar, por una parte, la necesidad de una mejor cooperación entre ellas –a la cual acabamos de referirnos–, y, por otra parte, la de una cierta reorientación de sus formas de trabajar –muy relevante al menos para varias asociaciones–. Esto se debe a que, siendo compartida por la mayoría de

asociaciones la idea de que una vez pasada la crisis nada será igual que antes, temen particularmente, de todos modos, que se mantenga e incluso aumente el adelgazamiento del Estado de bienestar inducido por los actuales recortes. En este contexto creen redescubrir la importancia que siempre tendría la «socialización de base», el crear, conjuntamente con sus otras actividades específicas, solidaridades vecinales y espíritu de cooperación local; porque entienden que la crisis y sus recortes se han producido por causa del individualismo de los grupos de población que la propiciaron, el cual también afectaría a los que más la han padecido:

«Mucha gente está esperando a que todo vuelva a ser como antes y eso no va a ocurrir, y si todo vuelve a ser como antes vamos a tener nuevamente, en un breve plazo, una crisis así como esta. A nivel de las pautas de consumo, de los comportamientos, del quehacer diario, hay que intentar salir de una sociedad tan individualista, pasar del derecho individual a algo mucho más colectivo. Hay que reestructurar mucho todo el tejido asociativo barrial, todo, porque realmente era la ley del sálvese quien pueda, del cada uno y su circunstancia, nadie sabía nada del vecino, y esto sigue pasando. Pero por lo menos que la migración esté más abierta a entender que su problema no es solo suyo, sino que es también de su vecindad, de sus vecinos, eso ayudaría mucho a armar a nivel barrial».

Es curioso que esta idea de ayudar a los inmigrantes a *resocializarse* a nivel de vecindario y barrio aparezca en una de las grandes asociaciones, cuyos programas normalmente se estructuran pensando en grupos de población nada enraizados en sus barrios (por ejemplo, mujeres maltratadas). Pero en una asociación mediana la cosa se describe de modo casi idéntico y se muestra que las asociaciones están sabiendo mirar más allá de ellas mismas:

«La Administración sí está queriendo impulsar cosas de ese tipo, pero lógicamente una política como tal no existe. Es un momento muy difícil, muy complicado, y seguramente estas cosas se pueden hacer más a nivel de pequeños pueblos, a nivel de barrio, a nivel de municipio, pero en las grandes ciudades es muy difícil porque perviven todas las formas de individualismo y predomina el pensamiento mayoritario que sigue insistiendo en que las cosas continúen como las que nos llevaron a la crisis».

LA MAYORÍA DE LAS ASOCIACIONES COMPARTEN LA IDEA DE QUE NADA SERÁ IGUAL QUE ANTES DESPUÉS DE LA CRISIS, Y TEMEN QUE SE MANTENGA E INCLUSO AUMENTE EL ADELGAZAMIENTO DEL ESTADO DE BIENESTAR INDUCIDO POR LOS RECORTES

Pero en las actividades de las asociaciones pro inmigrantes se hacen ya presentes tres hechos que probablemente las llevarán a cambiar más a fondo su manera de entenderse a sí mismas: que no pocas –y no raras veces– hayan empezado a ayudar a españoles nativos y no solo a inmigrantes; que en sus actividades de incidencia (aquellas con las que tratan de influir en los legisladores y poderes públicos) recurran cada vez más a argumentos de justicia social general –no a los relacionados con injusticias específicamente concernientes a la inmigración–, y que la creciente profesionalización de sus actividades les exija una mayor previsibilidad y constancia en sus ingresos.

La conjunción de los dos primeros hechos ensancha los objetivos de las asociaciones estructuralmente y no solo circunstancialmente. Ya no actúan como asociaciones que quieren el bien de un sector especial de la población, por circunstancias que afectan solo a ese sector. Ahora de hecho estarían siendo asociaciones generalistas en cuanto a sus beneficiarios, y necesitadas de profesionalización/especialización en sus objetivos para acceder a una financiación conveniente. ¿Evolucionarán pues hacia algo parecido a lo que en Suecia, Países Bajos o Estados Unidos son ya las llamadas «empresas sociales», gestionadas con técnicas de mercado excepto en cuanto a su no-búsqueda de lucro? Quizás de Cáritas o de Cruz Roja, o incluso de Manos Unidas, ya podría decirse eso. Pero, ¿podrían multiplicarse en España instituciones parecidas? Ello probablemente dependerá del éxito que vaya alcanzando en otros países el llamado «emprendimiento social». En todo caso, lo que seguramente ocurrirá será que tenderá a disminuir muy marcadamente el número y variedad de las asociaciones pro inmigrantes, en la forma en que subsisten hasta hoy.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Putnam, Robert. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press, 1993.

Tocqueville, Alexis de. *Influencia de la Democracia en los Sentimientos de los Americanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.